

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 393

Alicante 15 de Junio de 1878.

Año IX.

DE LOS MALES PRESENTES

y su remedio.

I.

En medio de los esplendores de esta brillante y fascinadora civilización de nuestros días; en medio del bienestar material y de la multitud de comodidades y de goces que han traído al mundo los descubrimientos modernos; mientras el vapor nos hace salvar con la rapidez del rayo las más remotas distancias; mientras el telégrafo trasmite nuestra palabra de una manera instantánea del uno al otro confín del mundo; mientras la prensa comunica en brevisimo tiempo los sentimientos, las ideas y los sucesos de unos á otros países; mientras la industria y el comercio, con sus fabulosos progresos, lisonjean todos los caprichos y satisfacen cumplidamente todas las exigencias del lujo y del sensualismo, el mundo, forzoso es confesarlo, especialmente ese que se llama mundo civilizado, atraviesa hoy una de las situaciones más graves, más difíciles y más peligrosas que pueden presentarse.

Espanta verdaderamente volver la vista atrás y ver el mal camino que en poco tiempo hemos andado, y la loca impru-

dencia con que nos hemos colocado al borde del abismo, cuya profundidad inconmensurable vemos hoy aterrados. Los tronos caen uno en pós de otro, como caen á impulso de un deshecho huracan los corpulentos árboles que habian resistido durante largo tiempo á la acción de los vientos. La Religión es blanco del ódio de los revolucionarios de todos los matices, cuyo ensueño infernal es la completa destrucción de la Iglesia de Jesucristo y de cuanto se relaciona con esta institución divina. La autoridad, herida así en sus dos personificaciones más altas é importantes, se arrastra por el suelo, llevada y traída por los furoros de la demagogia; y solo la dictadura, bajo esta ó aquella forma, puede en momentos dados dar alguna consistencia á sus malparados restos. Minados de esta suerte los más sólidos fundamentos del orden social, sufren la moral, la familia, las costumbres y la propiedad rudos embates, á que ninguna fuerza humana es dado resistir en condiciones tan inseguras y deleznales.

Consecuencia forzosa de esta situación es el malestar constante que se padece en todas las esferas por donde la actividad del hombre quiere tender su vuelo. Por todas partes vemos grandes y radicales trastornos que cambian por com-

pleto las instituciones, las leyes, la organización del país y cuanto afecta al modo de ser de los ciudadanos, de las familias, y de los pueblos. Nuestra vecina Francia ha cambiado ocho veces la forma de gobierno en los ochenta últimos años transcurridos. España ha sufrido tales conmociones y mudanzas desde 1808 para acá, que sería enojosa tarea referirlas todas; y nuestros continuados trastornos han adquirido triste celebridad en el mundo entero. En las demás naciones no se ve nada seguro, sino lo que descansa en la fuerza, cuyo imperio omnipotente ha venido á sustituir, con mengua y deshonra de esta decantada civilización, al imperio de la justicia y del derecho.

Es general la expectativa de grandes y trascendentales sucesos, que han de venir acompañados de nuevas y profundas conmociones. Sobre la Iglesia de Jesucristo pesa hoy la tiranía de la fuerza; y como la Iglesia no puede sucumbir nunca, porque la palabra de la Verdad eterna le asegura para siempre la victoria, todo el mundo presiente que algún grave acontecimiento será el medio por el cual se opere en la ocasión presente esta liberación venturosa. La Prusia despliega hoy un poder omnímodo, haciendo gala y ostentación de la superioridad que le ha dado su victoria sobre Francia; y el mundo católico cree que ese poder se estrellará más ó menos pronto porque ha tomado por blanco de sus iras á otro poder invencible, cuya superioridad incontrastable consiste en su debilidad aparente. En Francia, la situación siempre grave, ofrece hoy complicaciones más graves aun. Y en cuanto á la pobre España, quien no ve con dolor la gigantesca lu-

cha entablada en ella entre los elementos del bien y los elementos del mal.

No es fácil en verdad, no es dado hoy á hombre alguno señalar los medios por los que pudieran tocar á su término tan graves complicaciones, ni proponer la solución práctica de tantos y tan dolorosos conflictos. Pero bien puede asegurarse una cosa en que debieran fijar su atención los hombres que no aspiran á medir con los trastornos sociales, sino que, animados de noble patriotismo, buscan sobre todo la verdadera felicidad de las naciones y algún lenitivo á los graves males que las aquejan; y es que si el sentimiento católico reviviese en el mundo; si llegase á alcanzar alguna parte de la preponderancia y de la influencia que en otro tiempo tuvo: si en él se inspirasen de hoy en adelante los actos de los gobiernos y en él se acomodase la política de las naciones, las más graves, más difíciles y más trascendentales cuestiones que hoy agitan á la Europa vendrían al cabo de muy breve tiempo á una solución favorable. Basta indicar la idea de una *política católica*, para que en ella se vean desde luego comprendidas todas las demás que necesariamente entraña, y que serian las más poderosas y eficaces garantías de acierto y de seguridad en las soluciones que se adoptasen. Ante la política católica desaparecería toda idea de dominación arbitraria, de fuerza, de injusticia, de opresión y de desconocimiento de los derechos ajenos, porque dentro de ella solo caben la justicia, la ley, la moral, y la consideración debida á los legítimos intereses de todos. Dentro de la política católica se concilia la libertad verdadera con el principio de

autoridad, base inquebrantable del orden social. Con ella desaparece el inmoral y funesto principio de la libertad para el mal, y se afirma y consolida la libertad para el bien. A su sombra, en fin, se desarrollan todas las aspiraciones nobles y legítimas, y tiende su vuelo la actividad humana dentro de la esfera de lo lícito y de lo justo, siendo el desenvolvimiento de esta actividad, semillero fecundo de bienes para la sociedad.

Harto elocuentemente nos ha enseñado la historia hasta donde se eleva la gloria y la grandeza de las naciones que suben á sentarlas sobre la sólida base de la política católica. Rodean á esta gloria y á esta grandeza un brillo y una magestad que les valen el respeto y la admiración de todos, mientras que solo animadversiones y ódios suscita contra sí la política de la injusticia y de la fuerza, que al desconocer los derechos de Dios, desconoce y atropella también los derechos de los hombres. El rastro luminoso que han dejado en pós de sí los poderes verdaderamente cristianos, enseña á las naciones modernas el camino que deben seguir; y si el vértigo de la locura no hubiese trastornado muchas cabezas, harto claramente se vería cuál es la senda que conduce á la felicidad de los pueblos.

Si, en verdad. Sólo el espíritu católico, sólo la doctrina católica, y como expresión de ella la política, tienen hoy remedios para curar los males públicos, y fuerza para resistir los excesos vengan de donde quieran. No hay que extrañar por ello que el géneo del mal les haga en todos los terrenos la más cruda guerra. Lo verdaderamente lamentable es que gentes que se dicen ilustradas, y políticos

que pasan por sérios, se dejen arrastrar por su dañina influencia.

LA CARIDAD MODERNA.

Vamos á celebrar un suceso verdaderamente digno de conmemoración y de alabanza, uno de esos hechos en que se confunden en elocuente armonía la miseria y el lujo; la alegría y la tristeza, las lágrimas y las sonrisas, los placeres y las penas, la noche y el día.

Es preciso que la naturaleza sea testigo de esta confusión humana; pero no ha de ser la naturaleza brutal, ignorante, desordenada, digámoslo así, empírica, sino la naturaleza ilustrada, corregida, clasificada, científica.

Se trata de un baile, que es el bello desorden de la sociedad, en el Jardín Botánico, que es el orden de la naturaleza.

El jardín se convierte en un salón, aquellos árboles severos é insensibles van á presenciar las tiernas locuras de los más tiernos sentimientos; el fausto y la alegría van á reunirse allí á celebrar las angustias del hambre y la estrechez de la miseria.

Es una fiesta en nombre de los pobres, un placer en nombre del dolor, una felicidad en nombre de la desgracia.

Semejante prodigio lo debemos á la profunda caridad que se anida en el fondo insondable de unos cuantos corazones sensibles.

El interés que en las almas compasivas inspiran la desgracia, el desamparo

y la miseria, no ha tenido nunca manifestaciones más espléndidas.

A la tristeza, la compasión ó la pena que despierta en el alma el espectáculo de las desdichas ajenas, no se habían concedido más que dos maneras de manifestarse; por medio de las lágrimas, ó por medio de las limosnas.

La caridad no había encontrado más que dos maneras de ejercerse.

No sabía más que llorar con el afligido, ó partir el pan con el desamparado.

Esto es, consolaba ó socorría.

O lo que es lo mismo; unas veces daba, y tomaba otras veces.

Daba la limosna de su bolsillo, el pan de su mesa, y tomaba del infeliz á quien socorría la parte de pena necesaria para dejarle consolado.

Pero este era un procedimiento demasiado vulgar, una compasión poco distinguida, un modo de hacer bien ramplon sin buen gusto, sin elegancia, sin fausto, una caridad, en fin, demasiado pobre, sin brillantez, sin celebridad, sin gloria.

Una caridad que se ocultaba, que se escondía como si se avergonzara de sus obras, no era digna de este siglo de la publicidad.

Una caridad sin joyas, sin coches, sin encajes, es ciertamente una caridad demasiado infeliz.

La tristeza, la compasión y la pena que despierta en el alma el espectáculo de las ajenas desdichas, prorrumpe hoy en magníficos bailes, estalla en soberbias fiestas y se deshace en alegría, en placer, en vanidad, en lujo.

Tristeza que se perfuma, compasión que baila, pena que se divierte.

¡Ah! ¿Por qué la caridad ha de tener las lágrimas en los ojos, la tristeza en el semblante y la pena en el alma?

¿Por qué la caridad ha de ser modesta?

O mejor dicho:

¿Por qué la modestia ha de ser una virtud?

¿Por qué no hemos de levantar la tierna bondad de nuestros corazones sobre el brillo de nuestros placeres?

Hablemos con franqueza:

—¿Qué es caridad?

—La caridad es la primera de las virtudes.

—Pues bien, ¿por qué bailar no ha de ser una obra de misericordia? ¿por qué la virtud no ha de ser una fiesta? ¿por qué el placer no ha de ser compasión? ¡Ah!... ¡seríamos todos tan virtuosos!

Es verdad: convertir en virtudes todos los vicios, y la naturaleza humana habrá llegado á la plenitud de su perfección.

Declaremos que todo es bueno, y el hombre más perverso se verá en la imposibilidad de ser malo.

Hermoso espectáculo debió ofrecer el Jardín Botánico á las miradas de los curiosos.

Cuatrocientas personas, todas escogidas, se reunieron allí á dar al mundo testimonio público de la sensibilidad de sus corazones.

Habían acudido allí presurosas á la cita de un baile.

¡Qué esmero en la caprichosa variedad de los adornos!

¡Qué gusto en la riqueza de los vestidos!

¡Qué gracia en el encanto de aquellas sonrisas!

¡Qué fuego en los relámpagos de aquellas miradas!

El *Buffet* espléndido.

La orquesta incomparable.

¡Qué wals aquel! qué polkas aquellas!
¡qué animación, qué alegría, qué lujo,
qué magnificencia!

Es decir:

¡Qué solicitud por los pobres!!!

Las palabras no tienen bastante valor para que podamos rendir con ellas el tributo de alabanza que el prodigio de esta caridad merece.

Es preciso apelar á los números, que son más elocuentes.

Hagamos un cálculo.

Cuatrocientas personas acuden presurosas á la cita que en el Jardín Botánico les daba la caridad.

Cada una de ellas echó, bajo la forma de dos duros, un óbolo misericordioso en el platillo de la miseria.

Los pobres recogieron la suma, siempre respetable, de diez y seis mil reales.

Dueños de esta suma, duro sobre duro, pudieron muy bien considerarse casi ricos.

Ellos esclamarían: ¡Diez y seis mil reales! Somos felices.

En medio de esta alegría, llaman á la puerta, y la puerta se abre y entra el fondista.

El fondista trae una cuenta, y esta cuenta dice: «*Buffet*... ocho mil reales.»

Hay que pagarlos, y los diez y seis mil reales se quedan reducidos á la mitad de un solo golpe.

¡Golpe tremendo!

La caridad danzante abre el apetito, y cuatrocientas personas que pasan la tarde bailando á beneficio de los pobres, por

pura caridad, necesitan tener á la mano una mesa espléndida que dé vigor á sus miembros desfallecidos por el peso enorme de tan grande obra de misericordia.

Un *Buffet* espléndido era indispensable.

Los pobres pagan el *Buffet* devorado por los ricos, y vuelven á llamar á la puerta: la puerta se abre, y entra por ella otra cuenta, en la que, poco más ó menos puede leerse lo siguiente:

«Alquiler de sillas... mil reales.»

Los pobres, en la imposibilidad de hacer otra cosa, pagan y suspiran, porque el pobre es el único que no puede deber.

Si pudieran deber los pobres, probablemente serían ricos.

Y además, ¿cómo habían de negarse á pagar una deuda tan justa?

Cuatrocientas personas atareadas en socorrer la miseria de los pobres, ¿no habían de tener una silla donde sentarse?

Las sillas no podían suprimirse.

Un nuevo golpe dado en la puerta anuncia á los siete mil reales que quedan, que alguien quiere entrar.

No hay manera de negarse, porque la pobreza no se puede ocultar.

La puerta se abre por tercera vez.

Es una cuenta alegre, es la cuenta de los músicos, que dice, duro más ó menos:

«Orquesta... dos mil reales.»

Un baile sin música es imposible.

Los músicos son absolutamente indispensables á los danzantes.

No hay más remedio que pagar.

De los diez y seis quedan cinco; pero vuelven á llamar á la puerta.

—¿Quién es?

—La cuenta del alquiler de la magni-

fica tienda de campaña que ha servido de salón en el suntuoso baile dado en el Jardín Botánico á beneficio de los pobres.

—¿Y qué quiere?

—Puesta y quitada, podrá subir á unos... dos mil reales.

Una tienda era allí de absoluta necesidad, porque allí habia de comprarse el dulce placer de hacer bien.

¡Quedan tres mil reales!... Pero la campanilla parece incansable, y vuelve á sonar.

Es otra cuenta: la cuenta de los gastos menudos; que á lo sumo pueden ascender á mil reales.

Pero llaman de nuevo á la puerta.

Jamás se ha visto la casa de la miseria más frecuentada.

Es otra cuenta.

Era preciso que los pobres tuvieran allí cierto número de criados para servir á los ricos; alguna vez han de echar los pobres la casa por la ventana.

¿Qué queda?

Se reúnen cuatrocientas personas, y se dan á sí mismas un espléndido baile á beneficio de los pobres.

¿Se les puede pedir más?

Y en el fondo de todo esto, ¿qué hay? Justo es decirlo: un bello sentimiento.

La caridad tiene que llamar á las puertas del corazón moderno con el alabón de un magnífico baile en el cual no falte requisito ni atractivo.

Los pobres no pierden nada, y al fin ganan algo; pero la caridad, ¡ah! la caridad se convierte en placer.

Mas doblemos la hoja, porque detrás de esta caridad espléndida hay una cien-

cia luminosa; y lo que no haga el placer lo hará la sabiduría. Dejemos reposar á tan bellos sentimientos del cansancio de tan ruidosa fiesta; calle el deleite enternecido y hable la razón iluminada.....

José Selgas.

DISCURSO DE SU SANTIDAD

el día de la Ascension al Mensaje de las Sociedades católicas de Italia.

Vivo consuelo experimenta Nuestro corazón al ver en este recinto á una porción tan numerosa de fieles hijos nuestros, los cuales estrechan, no solo los lazos de la comun caridad, sino que, además, perteneciendo á diversas asociaciones particulares, dedican toda su actividad á promover el honor de Dios, los intereses de la Iglesia y el bien de las almas.

Es grato ciertamente acoger los sentimientos que expresais de inquebrantable adhesión y fidelísimo amor á Nuestra Persona, sobre todo de Jesucristo al cielo. Pero en tan hermoso día en que la Iglesia, con todos sus hijos, debia embriagarse en santo júbilo por el triunfo glorioso de su divino Esposo; este día ¡ay! está ennegrecido con los honores que en esa nación católica se tributan á Voltaire, el fiero enemigo de Jesucristo y de su Iglesia.

No puede negarse, hijos carísimos, que el festejar á hombres como Voltaire, que han escarnecido la fé y al divino Autor de la misma; hombres sin moral

y sin dignidad, revela claramente cuán degradada está nuestra época, y cuán rápidamente camina á su ruina. El pais en que nació Voltaire es hoy teatro de esos festejos; pero conviene decir, en loor de ese pais, que en todos sus ámbitos se ha levantado una voz pederosa de protesta y desprecio, y por impulso de sus Obispos y de la prensa católica han tenido lugar en todas partes solemnes actos de reparacion y reprobacion.

Empero no solo á los católicos de Francia toca esta obra reparadora, sino á todos, porque en los honores tributados á Voltaire se siente ultrajada la conciencia, la fé y la piedad de todos los fieles. Los principios y enseñanzas de Voltaire no han pasado solo á Francia como funesta herencia; se han difundido por donde quiera y donde quiera han producido los amargos frutos de la incredulidad.

Toca, pues, á todos los católicos el protestar contra tanta imprudencia con palabras y con actos; y sobre todo os toca á vosotros, romanos, porque vuestra Roma es el centro de la divina Religion de Cristo, contra la cual movió tan fiera guerra Voltaire, el precursor y corifeo de la incredulidad moderna, porque vuestra Roma es la Sede de Aquél contra quien el impío lanzó las mas horrendas blasfemias.

Justo era por tanto, hijos carisimos, que vuestra religiosidad ofendida os impeliere á rechazar valerosamente el ultraje; y vosotros respondiendo al generoso impulso de vuestro corazon, lo habeis hecho, lo haceis hoy ante Nos, y lo hareis siempre en la confesion franca y completa de vuestra fé, en medio de

un mundo incrédulo, y en el ejercicio constante de las buenas obras, á las cuales loablemente estais consagrados.

Nos, pues, con la autoridad del pontífice y el amor del Padre os excitamos á perseverar; os alentamos á promover con mas fuerza cada dia, por cuantos medios estén en vuestras manos, la gloria de Dios y la salvacion de vuestros hermanos enfrente de todas las dificultades gravísimas que os suscite el enemigo. Hareis con tal conducta un señalado servicio á la misma sociedad civil, la cual no tiene otro peligro mayor que temer que el de separarse y alejarse de Jesucristo y de sus divinas enseñanzas.

No os faltará al menos, hijos carisimos, Nuestra ayuda y Nuestro consejo; y como prenda de Nuestra benevolencia y afecto, os damos á vosotros y á todos aquellos que pertenecen á vuestras Asociaciones la Bendicion Apostólica. Que ella realce vuestra fé, os conforte en el ejercicio de las obras cristianas y dé constante crecimiento á vuestra santa institucion.

Benedictio Dei, etc.

OTRO DISCURSO DE SU SANTIDAD.

La Sociedad literaria de San Stéfano de Hungría, cuya existencia cuenta 30 años, ha enviado al Padre Santo un Mensaje, en que atestiguaba su inquebrantable adhesion, y una fuerte suma ofrecida para el Dinero de San Pedro.

Su Santidad contestó en latin á Mons. Tarkanyi, que leyó el Mensaje, en los siguientes términos:

«En medio de los acerbos días que alcanzamos; incúmbenos la tarea de defender también con las armas de la ciencia la verdad que Jesucristo trajo del cielo y consagró con su sangre, la cual es el fundamento de la verdadera civilización y de nuestra salvación eterna. E igualmente es deber nuestro rechazar y desvanecer las falsas opiniones que conducen á la perdición de las almas.

Por tanto, vuestra Asociación realiza obras muy aceptas á Dios, utilísimas á la Iglesia de Jesucristo, y gratísimas para Nos cuando, bajo la protección del Episcopado, se consagra por completo á fomentar en Hungría la literatura católica, publicando obras científicas y difundiendo libros que instruyen á la juventud.

Y porque vuestra Asociación fué bendecida muchas veces por la Santa memoria de Nuestro predecesor, Nos la bendecimos con nuestra apostólica autoridad. Bendigo al Cardenal Arzobispo, protector de la Asociación, y á los Prelados que igualmente la protegen; bendigo á los ilustres personajes que dirigen la Asociación; bendigo á todos los socios unidos en el mismo santo deseo, y os bendigo particularmente á vos, que sois nuncio y portador vivo de los votos y homenajes de la Asociación, que estais especialmente al cuidado de ella, y que habeis consagrado el fruto de todos vuestros estudios á una nueva traducción de los Libros sagrados.

Sois también vos nuncio para la Asociación de nuestra benevolencia y de nuestro paternal afecto hácia todos sus miembros.

Agitaos, trabajad, combatid gallarda-

mente por la Iglesia del Señor y por la salvación de las almas, á fin de que vuestra Asociación se desarrolle y florezca más todavía. *Et Benedictio Dei.... etc.*

LA ASCENSION DEL SEÑOR.

SONETO.

¿Quién es ese varón que en raudo vuelo,
De magestad ceñido y luz fulgente
Que eclipsa la del sol resplandeciente,
Sube inmortal al encumbrado Cielo?

¿No es el que ayer cubierto miró el
(suelo

De oprobio, y cual si fuera un delincuente,
En el sombrío Gólgota eminente
Murió en cruz sin amparo y sin consuelo?

Si, el buen Jesús, á quien hirió ira-
(cundo

Pérfido pueblo que infamó su historia;
Aquél que Santo y fuerte sin segundo
Alcanzó sobre el mal tan gran victoria,
Que dió su vida por salvar al mundo
Y ha cubierto el Señor de inmensa gloria;

El tierno Padre que á su Hijo amado
Abre hoy los Cielos que cerró al pecado.

Benito Alted y Ruata.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Recibimos periódicos de la América del Sur que alcanzan al 25 de Abril.

Habiendo surgido una crisis ministerial en Buenos Aires, el excelente periódico la *América del Sur* aconsejaba lo siguiente al presidente de la república, doctor Avellanada:

«Como en todo caso análogo, las candidaturas circulan con profusion. Las hay buenas, las hay malas; pero en general, si, como hijas del rumor popular, han de ser miradas como expresion más ó ménos propia de lo que el pueblo apetecería, es grato ver como este se inclina del lado de los hombres que carecen de significacion y tienen gran mérito personal. Los nombres de Quintana, Goyena, Estrada, Laspiur, Dominguez, sueñan bien á todos los oídos; no hieren susceptibilidades, no despiertan rencores, ni traen á la memoria ninguna escena odiosa.

Cábenos así la dicha á los católicos de poder decir, que cuando el pueblo, en momentos difíciles, pasa revista á los hombres cuya ilustracion, desinterés, amor al órden y á la verdadera libertad son necesarios para prevenir conflictos, se encuentra en primera linea con los que militan bajo nuestras banderas.»

A última hora dice el mismo periódico que la crisis ministerial se habia resuelto, permaneciendo en sus puestos los doctores Elizalde y Gutierrez.

Además de crisis ministerial, tenían los argentinos una revolucion en la provincia de Santa Fé; pero á revoluciones deben hallarse tan habituados que ya no deben causarles impresion. Sin embargo, el sentimiento católico no decrece en Buenos-Aires, á juzgar por lo que dice la *América del Sur*.

Hé aquí, segun dicho periódico, una relacion de las fiestas celebradas por la exaltacion de Leon XIII al trono pontificio:

«En los momentos en que los habitantes de esta capital pagábamos el do-

ble tributo del dolor y de la oracion á la memoria paternal de Pio IX, la voz del elocuente panegirista del Papa extinto nos hizo el fausto anuncio de la eleccion del nuevo Papa.

La Iglesia, nos dijo, pone término á su viudez; el mundo ha saludado un nuevo Pio en la persona del excelentísimo Pecci, y la historia le abre nuevas páginas encabezadas con el nombre de Leon XIII.

A partir de ese dia, nuestro pueblo, como católico, debia á Dios un nuevo beneficio, y una nueva accion de gracias.

La mision del Excmo. Sr. Arzobispo al pueblo del Tandil y sus vecinos impidió que fuera tributada desde luego. La Cuaresma llegó en seguida con sus austeridades y tristezas que conmemoran las que por nuestro bien devoró Jesucristo, y la Iglesia no osó despojarse de las vestiduras con que se dolia del llanto y la muerte de Dios, para ceñirse las galas con que festeja la elevacion de quien no es sino su Vicario.

El primer dia de regocijo era el domingo de Resurreccion. Ese fué escogido, y todos hemos leído la carta pastoral con que nuestro Prelado nos lo previno.

El domingo de Resurreccion se unieron así dos gozos en nuestro espiritu. El Excmo. Sr. Arzobispo tiene facultad de la Santa Sede para otorgar la bendicion apostólica en ciertas fiestas del año, entre las cuales se cuenta la de Resurreccion, y así terminado el solemne pontifical, recibimos anteayer la primera bendicion dada por él, en nombre y autoridad de Leon XIII.

El *Te Deum* conmenzó en seguida, con asistencia del venerable Cabildo metropo-

litano, corporaciones religiosas, Clero parroquial, alumnos del seminario conciliar, Excmo. cuerpo diplomático, corte suprema de la provincia, asociación católica, sociedad de San Vicente de Paul, algunas diputaciones de cofradías establecidas en la capital, y de una multitud que llenaba en casi su totalidad las vastas naves de la metropolitana. El gobierno no asistió, y la razón se deja caer por su propio peso: la crisis ministerial tenía embargado al del doctor Avellanada, y el juicio de hoy al del Sr. Casares. En representación, sin embargo, del gobierno nacional, asistió el Sr. Alvarez, subsecretario del ministerio del Culto.

Terminado el *Te Deum*, su señoría ilustrísima y reverendísima pasó, precedido de la cruz episcopal y de los alumnos del seminario vestidos de sobrepelliz y seguido por las corporaciones eclesiásticas y civiles antes nombradas, á su palacio.

En el salón principal de este fué tomando asiento la selecta concurrencia, dando en seguida principio una academia literaria preparada por los alumnos del seminario, cara esperanza por su medio de mejores días para el Clero nacional, y para el país.

La prelusion ó discurso inaugural explicaba sencilla y valientemente el motivo de la fiesta y la índole de las composiciones, destellos de corazones infantiles, ajenos al fuego de toda pasión que no sea pura y santa, y pura y santamente sentida.

No nos sería posible enumerar aquí las composiciones leídas, ocupándonos, como sería justo, de su crítica. Bástenos decir que fueron flores, unas de sentidas

poesías deshojadas sobre la tumba de Pio IX, y otras de jubiloso regocijo para depositar al pié del trono en que acaba de sentarse Leon XIII.

Buenos Aires ha ofrecido así el homenaje al Pontífice que ahora comienza su reinado, la acción de gracias al cielo, y la de la alabanza á la tierra, el tributo de reconocimiento al Padre de las misericordias que nos lo ha dado, y la ofrenda de su constante adhesión á la Silla del Pescador.

En tan solemne ocasión ha cabido á los jóvenes levitas que se educan para la custodia del santuario, ser los intérpretes de todo el pueblo á cuyo bien habrán de consagrarse mañana. Que esa fiesta por ellos preparada sea prenda de filial sumisión con que nuestra iglesia vivirá siempre unida á la de Roma, camino, luz y vida de las sociedades humanas.»

También refiere *La América* en los siguientes términos una reunión de la *Asociación Católica*:

«Como habíamos previsto el martes, al anunciar la reunión que debía tener lugar en los salones de la Asociación Católica, fué verdaderamente inusitado el número de personas que á ella concurrieron la noche del último sábado.

La sesión abría la serie de las que deben tener lugar en todo el corriente año, y fué honrada con la asistencia del excelentísimo Prelado de la archidiócesis. El presidente, doctor D. Pedro Goyena, la inauguró á las ocho y cuarto con la lectura de la Memoria anual, en la cual recopilaba los trabajos de la Asociación desde su instalación hasta la fecha, consignando palabras de dolor por el fallecimiento del ilustre Papa que gobernaba la Iglesia al

celebrar la Asociación su sesión última, y palabras de cristiano regocijo por la venturosa elección del que felizmente hoy se sienta en la Cátedra de San Pedro.

Al Sr. Goyena sucedió el doctor don Honorio Martel, refiriéndonos en términos sentidos las impresiones de su viaje á Roma y de la visita que, en nombre de la Asociación, hizo al glorioso Pio IX. El trabajo del doctor Martel tiene trozos de conmovedora elocuencia, de esa elocuencia que desdeña las galas porque le basta y le sobra con la riqueza del sentimiento. Están descritas con tan natural sencillez las turbaciones de su corazón, sus encontrados afectos en el momento de acercarse á Pio IX, que creemos su producción digna de ser dada á la publicidad en estos momentos en que el orbe recoge con tanto anhelo como piedad, las memorias venerandas del ilustre Papa.

El Sr. D. Santiago Estrada dió lectura en seguida á un trabajo biográfico de Pio IX. Se trata de persona muy allegada á esta redacción para que nos permitamos estendernos en elogio de su trabajo verdaderamente admirable. Erudito, pulcro en la forma, rápido en la descripción, encantaba como narración y conmovía como elogio.

Así ha depositado la Asociación católica una fúnebre corona sobre la tumba del Padre, cuya palabra y cuya bendición nos consolaba hace pocos días. Así ha dado á Leon XIII, en el homenaje pagado á la memoria de su santo antecesor, la muestra del afecto profundo con que se halla unida á la Cátedra del Padre, del Doctor y del Maestro de las gentes.

La Asociación Católica ha inaugurado dignamente sus tareas en 1878.»

En la república de Colombia continúa siendo tristísima la situación de la Iglesia.

Hé aquí lo que dice *El Estandarte Católico*.

«Varias cartas recibidas últimamente de ese país y procedentes de personas fidedignas, dan á conocer que la revolución causa aún terribles consecuencias en esa desgraciada república.

Se han dictado varias leyes contra el Clero y las cosas Eclesiásticas.

El descontento es general.

La diócesis de Pasto continuaba en entredicho, y el Ilmo. Sr. Dr. Restrepo, su digno Pastor, había salido huyendo y está fuera de la república.

El Ilmo. Sr. Parra, Obispo de Pamplona, fué confinado á Barranquilla, seguramente para que muera en ese clima deletéreo, en castigo de no hacer causa común con el gobierno hostil á la Iglesia.

En Antioquia se persigue tenazmente al Clero y se le imponen fuertes contribuciones.

Para triunfar mejor, los enemigos de la Iglesia tratan con sobrada astucia de introducir la división entre los varios Obispos, y por eso es que al señor Obispos de Bogotá y al Vicario general de Papoyan se les considere como amigos del actual gobierno civil y como favorecedores de sus actos, apoyándose para eso en piezas oficiales, obra de ambos Prelados.

Muchos sacerdotes de la diócesis de Papoyan sufren el destierro y han llegado, unos á Panamá, otros al Ecuador, á Bogotá y hasta Europa.

El Vicario general, doctor D. Federico Arboleda, murió á bordo de un buque en dirección á Francia: había sido

desterrado en Mayo del año próximo pasado.

El pueblo, sin embargo de la persecucion, conserva sentimientos religiosos y los manifiesta de un modo ostensible.

En Bogotá fué insultado, apedreado y obligado á bajarse de la tribuna el impio Sr. Rojas Garrido, porque en un funeral se expresó de un modo ofensivo á la Religion, perorando en el cementerio y en completa beodez, como de costumbre

Murió el Sr. Medina, Obispo de Cartagena, y Su Santidad Pio IX habia nombrado al Sr. Juan N. Rueda para sucederle. Hoy se dice que este sacerdote ha renunciado, y que es bien fácil le reemplace el doctor Perilla.

En la diócesis de Popayan se notaba un descontento grande en los sacerdotes y fieles, porque el Vicario general, doctor Velasco, publicó una Pastoral, y en ella daba á entender que tenia las ideas del gobierno sobre la cuestion *escuelas láicas*, y por haber levantado el entredicho por su propia autoridad, sin decir que era el Obispo quien lo levantaba.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual con sermon que dirá el Sr. Canónigo Magistral. Por la tarde, á las cuatro y media, Mesada del Remedio, con sermon á cargo del Sr. Canónigo Doctoral.

En Santa Maria, á las ocho y media, prima solemne y misa mayor.

En la Misericordia, á las ocho, misa votiva á San Antonio de Pádua, con ser-

mon que predicará D. José Carratalá, teniente cura de la Colegial.

En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa mayor.

Mártes.—En las Agustinas, á las siete, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Miércoles.—En la Colegial, á las cuatro, vísperas y completas solemnes.

En Santa Maria, á las cuatro, solemnes vísperas y á continuacion empieza la novena del Santísimo Sacramento.

En las Capuchinas, á las cinco de la tarde, principia la novena del Santísimo Sacramento.

Jueves.—*Santísimo Corpus Christi*.—En la Colegial, á las ocho y media, prima y misa de renovacion. A las diez, tercia y misa conventual con sermon. A las seis, procesion general. Todos los dias de la octava, estará espuesto Su Divina Majestad desde las ocho y media de la mañana hasta concluidos los Maitines.

En Santa Maria, á las ocho y media, tercia y misa solemne con el Señor manifiesto.

En la Misericordia, á las ocho, misa solemne.

En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa mayor.

En las Capuchinas, á las siete misa de renovacion.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administracion, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar las cantidades que adeudan por la suscripcion á este periódico hasta fin de Diciembre último.